

separado de su cotidianidad, sino que lo viven. Es decir, constata que la vida material y el pensamiento no están separados entre sí ni constituyen aspectos autónomos de la cultura. Aunque una visión sin mayor profundidad histórica le hace difícil captar el proceso de retroalimentación entre lo material y la conciencia, y no logra percibir en el proceso de apropiación territorial la base para la aparición de las formas de pensamiento que, luego, van a guiar el quehacer u'wa de hoy.

Así mismo, es notable la manera como muestra la unidad que existe entre los u'wa y la naturaleza, de la cual constituyen una parte, no siempre bien diferenciada; por ejemplo, cuando analiza de qué manera su movilidad territorial es la contrapartida de los movimientos solares, de las estaciones de lluvia y sequía, de la pulsación migratoria de las aves, etc.; de donde se infiere que la sucesión temporal no se vive como una categoría aparte, sino que resulta de la dinámica con que los distintos agentes se mueven por el territorio, por el espacio. Podríamos decir, entonces, que el tiempo es espacio recorrido, que la historia está en el territorio. De ahí que, a través de la celebración de los mitos cantados, los u'wa cumplan y refuercen el papel que les corresponde desempeñar en los procesos de conservación y reproducción del universo.

Ann Osborn nos muestra con claridad cómo los llamados rituales son en realidad fuerzas productivas, —como ya lo había entrevisto Malinowski en las islas Trobriand y, por supuesto, lo había establecido Marx en sus planteamientos sobre la magia—, actividades necesarias no sólo para garantizar la producción de los bienes necesarios para la existencia, sino también para la conservación del universo, es decir, trabajo, trabajo en toda su plenitud. Por eso nos dice que «la mitología es tan esencial para la supervivencia como lo es, por ejemplo, la agricultura, y que, por tanto, se la debe considerar como condición necesaria para la existencia física y cultural». Para concluir: «Muchas de las actividades que se llevan a cabo simultáneamente con la celebración de los mitos cantados, como son las la-

bores agrícolas y otras prácticas vinculadas al ciclo vital y a la subsistencia estacional: la preparación de la nuez *kara*, la construcción de casas, los ritos de iniciación, etc., pueden ser consideradas como parte de la celebración del mito mismo», aunque quizás sería más adecuado decir que la celebración del mito hace parte inseparable de tales actividades.

De ahí que no resulte extraño que la autora recalque la alta condición intelectual y de conocimiento de esta «sociedad acostumbrada al estudio, cuyos chamanes eran verdaderos maestros»; en la cual, las actividades de la producción material y la producción intelectual, de la apropiación del mundo a través del trabajo y su apropiación por medio del pensamiento, no se han separado todavía.

Este texto, justo homenaje al trabajo de Ann Osborn con los u'wa durante años, debe constituirse, entonces, en un fundamento de reflexión que permita abandonar tantos caminos trillados, muchos de ellos sin salida, en el hacer etnográfico colombiano.

Luis Guillermo Vasco Uribe
Profesor Titular

Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia

Por el camino de la anaconda remedio

FRANÇOIS CORREA
UNIVERSIDAD NACIONAL Y COLCIENCIAS.
BOGOTÁ, 1996.

El tejido de las relaciones sociales entre parientes y entre grupos étnicos nativos del Vaupés es —*grosso modo*— el tópi-

co fundamental de esta obra del antropólogo François Correa.

El autor introduce su trabajo con una reseña histórica sobre la región, haciendo menciones concretas sobre la aldea Acaricuara, visitada por él. Se destacan los apostamientos militares y las misiones. De éstas se enfatiza la dependencia que crearon sobre la población indígena y el degradamiento que tal situación supuso con la alteración, muchas veces forzosa, de formas tradicionales de intercambio y el desarrollo de la vida cotidiana. El proceso de dominio se afianzó a la sombra favorecedora de los poblados dispersos de indígenas, que por su mismo asentamiento facilitaban el acceso a recursos diversos durante siglos de dependencia.

Luego de ese preámbulo se entra en materia. Esta básicamente se refiere al sistema de parentesco taiwano, el cual en su terminología es dravídico, caracterizado por clasificaciones generacionales, distinción por sexo y diferenciación por edad. En cuanto al matrimonio, las normas ideales prescriben el intercambio directo de hermanas y la unión entre primos cruzados. En la segunda generación ascendente y en la segunda descendente el principio generacional se extrema, porque se clasifican los parientes bajo el mismo término sin importar que sean patri o matrilaterales, consanguíneos o aliados terminológicos. La única distinción es de orden genérico.

De otro lado, el sistema destaca la importancia del mayorazgo en la organización y dinámica de las relaciones sociales. Según tal principio, se diferencian jerárquicamente los hijos mayores de los siguientes y eso se proyecta en las asignaciones de poder y señalamientos en el traspaso de la propiedad. En otras palabras, el orden de nacimientos marca los status y sus manifestaciones tanto entre consanguíneos como en las negociaciones con los afines.

La Anaconda Remedio, ancestro de los Taiwano, se considera creada en pensamiento, a la manera de actuar de los chamanes. Ella, a

más de ser figura ancestral, aparece como héroe cultural: entrega cultivos originales, emblemas e instrumentos rituales propios de cada grupo. Ella establece las diferencias y al tiempo la necesidad de la complementación entre esas unidades exogámicas con lengua propia. La Anaconda Remedio para los taiwano explica a través de los textos míticos, la composición étnica del Vaupés y las relaciones entre los diversos grupos. En su periplo épico, la anaconda recorre el río de este a oeste, tal como es el camino solar. El punto de partida es privilegiado: en el oriente residen los primeros pobladores, de jerarquía mayor. Occidente queda relegado a una posición subalterna. Tal diferenciación espacial se puede relacionar analógicamente con el sistema de mayorazgo. Si el sitio de iniciación del viaje de la anaconda se valora mucho, es precisamente por ser el más antiguo, así como sucede internamente en cada generación o en el cotejo relativo entre generaciones. Vistos así, los grupos máximos de descendencia conforman verdaderos *clanes cónicos* que además adquieren una transcendencia temporal más allá de los ancestros particulares de cada uno. Su razón de ser se remonta y explica a partir de la anaconda y su desplazamiento vital.

La alianza cobra gran importancia en el libro al ser tratada tanto en los aspectos armónicos y gratificantes como en los conflictivos que supone. Y eso es mérito de la obra. Aparecen aquí la reciprocidad como fundamento de la afinidad y la alianza, el matrimonio con un tercer grupo, alternativo (parte de los Barasana, afines tradicionales), como medio para ampliar satisfactoriamente las redes de intercambio con la categoría de «otra gente». Pero también Correa muestra claramente los esfuerzos de los Taiwano y otras fratrías para evitar la entrega de hermanas, tal como ordena la norma, o la «tristeza» de las unidades de descendencia para desprenderse de sus mujeres.

Por eso afirmamos aquí que Correa presenta la alianza como un sistema real, no rígido, sometido a matices, excepciones y contradic-

ciones, que aunque él las categoriza con el sugestivo término de *actualizaciones*, no son más sino eso; evidencias de conflicto en el mantenimiento de los ideales. Las causas son aparentemente demográficas al decir del autor pero valdría la pena explorar otros motivos como la presencia del «blanco» o las experiencias por el reclamo de los derechos complementarios de los grupos matrilineales entre sociedades patrilineales. Se dan múltiples oportunidades de actuar, reaccionar y hasta rectificar: levirato, sororato, poliandria adélfica seriada, poliginia, etc.

Como recurso adaptivo, por ejemplo, el término para primos cruzados se puede extender a consanguíneos clasificados y con esta operación reclasificatoria se amplían automáticamente las probabilidades de moverse dentro de cierto margen asimilable a lo normal.

Así mismo, el intercambio directo o el extendido, se pueden definir a la siguiente generación pero si se dilata mucho lleva a reclamos y ulteriormente a conflictos mayores, dadas las urgencias de reciprocidad.

De todos modos el equilibrio del sistema se sostiene. La simetría de la alianza contrasta en cierta medida con la asimetría de las relaciones entre consanguíneos donde prima la diferencia instaurada por el mayorazgo y la edad relativa. Por otro lado, la reciprocidad supone opuestos complementarios a través de las distintas clases de parientes, dadas por el autor, quien además agrega que esa condición se deriva de la oposición genérica.

Las relaciones sociales finalmente van a ser trasladadas al escenario de la maloca donde los consanguíneos se piensan como permanentes mientras los afines se conciben como pasajeros. La maloca es estudiada por Correa integralmente: su construcción, el aprendizaje de la misma, sus espacios internos y las connotaciones ideológicas respectivas, así como centro de actividades diferentes según los géneros. También la maloca es vista como lugar

eminentemente ritual y a la vez resultado de las vivencias históricas relatadas en los mitos.

Es reconfortante ver que aunque los estudios de parentesco ya no son populares en la antropología colombiana, a pesar de su innegable utilidad, aparece esta obra que hace pensar en la tradición británica al respecto, concebida con gran seriedad, sin abandonar para el especialista lector el bagaje lingüístico muy necesario para comprender el universo de las relaciones sociales en una sociedad de tierras bajas suramericanas.

Jorge Morales Gómez
Universidad de los Andes

Srekollmisak: el Señor Aguacero

LUIS GUILLERMO VASCO URIBE, ABELINO
DAGUA HURTADO Y MISAEL ARANDA.
INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA,
BOGOTÁ, 1994.

El aguacero de abajo, de lo caliente, se enfrenta en peleas con el del páramo, de lo frío, de lo alto; al encontrarse se levanta una gran nube y se forman los torbellinos. Cada uno sale de su territorio propio y se mueve hacia el del otro y por eso sobrevienen los conflictos. Este tema aparece como central en esta cartilla diseñada por el Comité de Historia del Pueblo Guambiano contando con la colaboración del antropólogo Luis Guillermo Vasco.

Y es central porque precisamente la conciencia de territorio propio, de territorio invadido y la necesidad urgente de recuperarlo son prioritarias para este grupo étnico de los Guambiano. Así como ellos reclaman sus dominios sobre la tierra, los aguaceros también lo hacen en otras esferas territoriales.